

Enrique COLOM COSTA, *Dios y el obrar humano*, Pamplona, Eunsa (Col. «Teológica», n. 15), 1976, 202 pp., 15,5 × 24,5.

El autor parte de la aceptación de que el pensamiento moral de santo Tomás se fundamenta en el ser y tiene como pivote básico el concepto de bien, convertible con el de ser, aunque monográficamente, el santo no lo explique en parte alguna de su obra. Supone, además, que el estudio y sistematización de esta parcela del sistema aquiniano es, quizás, uno de los puntos más dejados en la penumbra por los teólogos posteriores y que, por tanto, explicitar las consecuencias morales de nuestra condición de criaturas, gratuitamente elevadas a la dignidad de hijos de Dios, puede considerarse como un quión donde la investigación tomista ha de resultar particularmente fecunda y alentadora; y actual, porque el fundamento ontológico del orden moral, como don inseparable del ser —del *esse naturae et gratiae*—, es la mejor respuesta a los vacilantes sistemas de moral que han surgido de las filosofías de la conciencia, desde la moral provisional de Descartes y la kantiana hasta la moral de situación y la llamada nueva moral. Consecuente con esta convicción, intenta Colom Costa «profundizar en esta línea que prevé tan rica en posibilidades, abordando el estudio del don de la libertad como poder de colaborar voluntariamente con Dios en el retorno hacia El, y de hacer que otras criaturas se dispongan a alcanzarlo. Con ello pretende además recuperar el sólido fundamento ontológico que tiene la moral católica —tal como la expone Santo Tomás— y cuyo posterior olvido entre los cultivadores de la teología ha producido numerosas desviaciones que hoy, quizá, se advierte de modo especial» (p. 16).

Hecha esta declaración de intenciones, el autor sintetiza, en la Introducción (p. 13-31), los puntos basilares del pensamiento de santo Tomás al respecto. Resumen denso y sugerente sobre manera, que lo es también, evidentemente, del libro. Esta introducción, a mi juicio, debe leerse como conclusión: prólogo en funciones de epílogo. Quien la entienda, quien realmente la penetre, pueda ahorrarse la lectura detenida del resto, pues en ella está ya quintaesenciado.

Desarrolla el autor su investigación en seis capítulos, escalonados aunque no lo diga en parte alguna, al hilo de la historia de la salvación: creación, elevación, exigencias morales, caída, consecuencias morales y restauración por Jesucristo. Recorriéndolos sucesivamente indicaré, de modo sumario, lo más sobresaliente u original de cada uno. Del primero —«La bondad moral» (p. 35-68)—, hay que destacar, en primer lugar, la concepción de la libertad como amor originario, como capacidad de obrar con propia causalidad más que como poder de elección: como posibilidad de cooperar voluntariamente —«porque nos da la gana»— con Dios en el retorno hacia El, fin nuestro y de las demás criaturas. Con otras palabras, como posibilidad de incorporación activa y responsable, con iniciativas personales, al plan divino. Hay que subrayar también la magnífica exposición del «*bonum ordinis*» y del «*bonum moris*» y, sobre todo, de la «*habilitas*»: un concepto sutil y básico, que vertebrada toda

la obra que comentamos relacionado con la naturaleza, con la gracia, con el pecado original, con el mejoramiento que supone el ejercicio de las virtudes y con el empeoramiento que conllevan los vicios.

El capítulo segundo es una sucinta exposición de la ontología sobrenatural del hombre —«El misterio de la divinización del hombre» (p. 71-88)—: filiación adoptiva, inhabitación de la Santísima Trinidad, gracia santificante, potencia obediencial de la naturaleza humana para la elevación sobrenatural y relación entre gracia y naturaleza.

El capítulo tercero —«La moralidad sobrenatural» (p. 91-118)— es conclusión del anterior. Agudo análisis del papel de la «habilitas» en relación con la gracia, tanto en su preparación como en su desarrollo. Con similar agudeza se expone la potencialización de la libertad mediante la gracia y el progreso moral mediante la docilidad de aquélla a ésta.

En el capítulo cuarto —«El obrar moral después del pecado» (p. 121-143)— se resume la doctrina de la justicia y del pecado originales, con especial detención en los efectos negativos producidos por dicho pecado en la naturaleza humana, y sobre todo en la «habilitas», en orden a obrar el bien. Siempre con la visión de fondo del «O felix culpa!».

Continuación y desarrollo del anterior es el capítulo quinto: «Los *vulnera naturae* y la moralidad» (p. 145-181). Analiza con detalle la incidencia de las «desordenadas» pasiones en la libertad; distingue muy oportunamente los pecados de malicia de los nacidos de la ignorancia, de la flaqueza y de la concupiscencia, haciendo finas y útiles observaciones sobre sus remedios correspondientes: la fe, la fortaleza de los hijos de Dios y la templanza cristiana.

El capítulo conclusivo —«El obrar moral reordenado por Jesucristo» (p. 182-196)— contempla la materia del anterior, exclusivamente desde la perspectiva de Jesucristo Redentor. Está transido de realismo optimista. Y merece subrayarse la naturalidad con que viene requerida la lucha ascética y el uso de los Sacramentos como fuente de la gracia y cooperación humana con la misma.

El libro está escrito en estilo claro y profundo; con la habilidad de combinar las altas elucubraciones con aplicaciones a la vida ordinaria e inmediata. Esta capacidad de sugerencia, teórica y práctica, es uno de los primeros méritos que cabría reseñar. Y junto con ella, la insistencia en inculcar la inclinación radical e indestructible del hombre —impresa por la creación divina— hacia el bien.

La investigación que reseñamos, salvo opinables discrepancias de detalle, sigue caminos de fidelidad al pensamiento de santo Tomás. Esto no obstante, ganaría en credibilidad si hubiera guarnecido su itinerario, al menos en los puntos cruciales, con bibliografía de los comentaristas más destacados del Aquinate, siquiera fuera señalando los vacíos que la propia investigación llenaba. El autor ha coronado satisfactoriamente la meta propuesta, redescubriendo y afianzando una ontología sobrenatural y una bondad objetiva sobrenatural —amén de la natural— que está exigiendo una libérrima actuación por parte del hombre.

ILDEFONSO ADEVA